

*Palabras pronunciadas por Humberto
Díaz Casanueva en el Ateneo de Madrid
el 25 de enero de 1985*

Señoras, señores:

Ostentar credenciales para ocupar tan privilegiada tribuna sería vano, después que José Olivio Jiménez, con su generosidad de siempre, me presenta y me indulta. No obstante, me atrevo a añadir algo: durante largos años estudié filosofía en Alemania (asistí a un curso que dio Heidegger sobre Hölderlin), e hice un doctorado con una tesis llamada «La imagen del hombre en la filosofía de Ortega y Gasset y sus relaciones con la ciencia de la educación». Dos veces me la rechazaron. Sentí, como en el verso de Pound, «una nube de perdiz sobre la tempestad de polvo». Noches enteras le quité al maestro cuando pasó por Jena dando conferencias. Sus esclarecimientos me ayudaron, tanto a penetrar más hondamente en su filosofía como a seguir avanzando en un ámbito un tanto angosto y hermético de una Universidad en que yo a veces palpaba a tientas. Por fin fui aprobado con «suma cum laude». Con mi diploma gótico, lleno de lacre y de cintas, entré a España el mismo día en que moría Ortega. Venía a reiterarle un recado de mi profesor Peter Petersen: «Ortega no tiene influencia de la filosofía alemana; él la tiene sobre la actual».

Uno de mis bisabuelos que no conocí, pero que a veces encuentro enronquecido en mi sangre, era oriundo de Oviedo y allá me fui tras sus huellas en el aire. Siempre ando buscando un sendero que me haga retroceder en las generaciones hasta que pueda lindar con el animal o el ángel; o que me haga seguir hacia lo humano que puede titilar sin ya el hombre. Entre mis ascendientes se encuentran un arzobispo y un panadero; ambos, curiosamente apretados cuando el escaso pan se parte. No sé por qué lado me venga mi chorro de sangre araucana. Dicen que Don Alonso fundó la poesía chilena, y no lo niego y lo sigo dentro de su bosque de laureles; pero antes de *La Araucana* existían los araucanos, con sus gritos, preces y exorcismos, sin rimas, pero poesía auténtica, de magia, misterio y frenesí, y ésta vale tanto como la otra.

Otra vanagloria: las cartas que me enviaba Vicente Aleixandre cuando le remitía mis libros; mucho aliento, mucho impulso a seguir cavando la propia veta que a veces se extravía. Permítanme que frente a tan dolorosa pérdida les transmita la solidaridad y congoja de los escritores chilenos. Me viene a la memoria el rostro nazareno de Juan Ramón Jiménez, con el cual convivimos en una casa de departamentos en Washington; salía con mis niños, entonces unos pequeñuelos, a ver los almendros en flor, y me los devolvía cargados de globos y golosinas. Tierno y tembloroso recuerdo. Con José Hierro me he encontrado dos veces: una en casa de Neruda, mariscos asados y olas de vino, y otra, en Caracas. A Claudio Rodríguez lo conocí en un Año Nuevo en casa de José Olivio Jiménez, su poesía me invade y su amistad es purísima. Igualmente, me precio de ser amigo de Justo Jorge Padrón, que me ha colmado dándome hospitalidad en su revista *Equivalencias*. Y Dionisio Cañas, tan joven, tan filial, con quien convivimos en Nueva York, magnífico poeta y ahora ensayista de suma penetración. Y tantos otros, Larrea, que publicó mi *Réquiem* en México y al

cual vi con su hija adorable, en Lima. He citado algunos ejemplos de encuentros personales; los otros, a través del espíritu y para siempre. Por ejemplo, nunca he tenido la alegría de estar con Rafael Alberti. Y basta. Por vanidad, y mucha, podría añadir que aquí en este mismo lugar, un escritor chileno, Luis Droguett, dio una conferencia sobre mi poesía.

A pesar de que me han constreñido a clavarme en el tablado, sigo siendo marginal, críptico, confidencial, entreverado y trapecista en una época en que gran parte de la poesía busca lo claro, banal, mínimo y desmetaforizado. Pero la poesía es un péndulo y nadie lo detiene, tal vez puede uno colgarse de él. Ahora me viene una melancolía sin paz, y tal vez me exploren en lo póstumo de yo mismo, sin que lo haya buscado ni merecido. Me consuela que después del estructuralismo formalista, esté surgiendo una hermenéutica que comienza a descodificar y hurgar en las estructuras textuales para ir, de la versión al sentido, más que a la significación, o al silencio, resonante de signos. Mucho ha de dilucidarse ahora, en el balance de sesenta años de surrealismo.

Me llamo Humberto Díaz Casanueva, mi nombre, y no mi pseudónimo, aunque a veces lo dude. El problema de la identidad me atormenta; como se ve a simple vista, me tiño el pelo de un color que se me impone, y cobro pensión de vejez. Me asustan tanto la decrepitud como la expiración, aunque, siguiendo a Rilke, he tratado a la muerte como si me constituyera de antemano una potencia vital y definitiva. Hablaba de pseudónimos. Casi siempre los poetas nacen con nombres preconcebidos para el quehacer poético, pero los transmutan, Neruda, o los cercenan, Huidobro. Hay un gran poeta chileno, Rosamel del Valle, pseudónimo, que figura en una *Antología de la Poesía Femenina* (Espasa-Calpe), así fragmentado: Rosa-mel. Hubo un poeta chileno que pasó cinco años preso, tal vez cómplice de una muerte en una reyerta; Neruda le escribió un poema que comenzaba con su nombre: «Joaquín Cifuentes Sepúlveda, ¿acaso tu nombre no es ya un verso?» El nombre de la persona —o del personaje— como en Pessoa, me inquieta como inquietaba al hombre primitivo. Vengo de París. Fui al cementerio a ponerle flores a un hijo mío que está allí enterrado. Raspé la nieve, bruñí la lápida con mis dedos agarrotados por el frío; no encontré su nombre. ¿Por qué mi empeño en extraerlo del anonimato en que no hay filiaciones de ninguna especie? Tomé el cortaplumas y rayé el granito. Tal vez fue una profanación, una imperiosa necesidad de identificar la vida con la persona. Siempre estamos arremolinados por lo irracional, y moviéndonos entre súbitas candelas, en lo imperceptible de la realidad palpable.

Pero déjenme insistir en subrayar mi presencia. Tuve tres oficios: profesor, diplomático y escritor, y un cuarto, que por frustración no lo menciono. Cuando fui a buscar mi pasaporte en Santiago no llevé los certificados correspondientes, pero sí exhibí recortes de periódicos referentes a mi Premio Nacional de Literatura. Entonces ella puso «escritor», yo le había rogado que pusiera «poeta», pero la señorita me dijo que no era una profesión, más bien un hobby. Y yo creo que tenía razón. Tal vez los poetas profesionales, bien administrados, no ofrecen sus carnes vivas en el altar ardiendo del misterio poético. Dicen que la poesía es un juego, lo dijeron Hölderlin, y en nuestro tiempo, los surrealistas; pero el más grande poeta de Alemania añadió «un juego, sí lo parece, pero no lo es», y los surrealistas como Crevel saltaron al más

allá, en un juego trágico. Ted Hughes, gran poeta, acaba de ser nombrado poeta laureado o poeta de la Reina, y por ello recibe unas cuantas libras al año y un cajón de vino; es jocoso, y resulta simbólico, pero, ¿acaso no son los poetas mismos que desconciertan en la vida civil con su manía simbolizadora?

Continúo a pesar de que se torna impaciente José Olivio... Estoy buscando conexiones y acabo de encontrar otra. En El Cairo, en el Instituto de Cultura Hispánica, di una conferencia —no recuerdo bien el título— sobre esencialidades de la lengua castellana en Chile. No soy un lingüista, ni pretendo serlo, ni menos cuando Jakobson insiste en que la «poesis» pertenece a la lingüística, aunque antes de morir trató de retractarse en parte, pero, ¿cómo dejar de reconocer la virtud primigenia de las palabras en la creación poética, palabras que se nos independizan y obran por su cuenta? El verbo hace al hombre y por él llega al Pathos, y al Logos. La Biblia oscila entre la Torre de Babel y el Pentecostés. Tengo un libro que se llama *Sol de Lenguas* y ojalá me resten fuerzas para terminar mi *Vox tatuada*. Un día se me ocurrió seguir el camino de la jota en Sudamérica. En el Caribe se dice «muher»; en Colombia y Perú, «mujer»; en Chile, «mujier». ¿Por qué le añadimos una i? Fuera de Quevedo, tuvo influencia en mi *Blasfemo Coronado*, un libro de cocina española. Digo «mi casa es un desvelado mortero». Ahora los arcaísmos me atraen misteriosamente. En Chile ando tras los cronistas coloniales como Alonso de Ovalle. A mis jóvenes poetas que se dignan visitarme les recomiendo etimologías. Heidegger es un filósofo etimológico; desmontaba la palabra hasta descubrir sus raíces griegas. Y la palabra se abría como una corola, jamás marchita, no como en los letristas o en los oulipenses, ni tampoco como la cola fulgurante del pavo real. La Palabra se raja y contiene surtidores y huellas y voces dormidas, todo un caudal lleno de sentido. Y el poeta es desencadenado por la Palabra. De otra manera el poeta chapucea y cuando dice «caballo» lo dice conforme a lo que dice diciendo sin decir una brizna de lo indecible que es siempre nuestro grito de socorro. Pues bien, no me queda otro camino que el vértigo y la lucidez dentro del vértigo.

A mí me sitúan como el más joven (¡ay!, unos pocos años)... de la generación de Neruda, Huidobro, De Rokha. Mi amigo Fernando Alegría dice que soy el «brillante estertor» de una generación. No sé si cargar el acento en «brillante» o en «estertor»... No sé tampoco cómo enderezar lo que estoy diciendo; temo referirme demasiado a sucesos de mi vida, lo que se opone a los postulados de la «new critic», o del estructuralismo, que proclaman lo sincrónico, lo autónomo del texto. Pero si yo en ello coincidiera, me cruzaría de brazos, porque el poeta no es el mejor crítico de su obra. El dice algo cargado de onirismo y difícil es rendir cuentas de lo que ha dicho, o analizarlo como en el diván de un psicoanalista. Y caigo de nuevo en la manía de rememorar. Tres años viví en Uruguay ejerciendo oficios comunes, pero a la vez estudiando filosofía. Fue mi maestro y amigo el gran poeta Emilio Oribe subyugado por el Nous y una poesía cercana a Valéry y a Guillén. Aunque yo vivía cierta viruela atenuada del surrealismo, acogí la lección de Oribe, o sea, el rigor del ejercicio poético y la exaltación de la lucidez. Nunca me sedujeron las técnicas de la escritura automática, aunque confieso que ellas conducen, por vías secretas, a lo insólito y maravilloso. Siempre he querido conjugar el azar con la necesidad, la libertad y la

responsabilidad. Me veo en aquel entonces con una mano sosteniendo el aluvión surrealista que se precipitaba sobre mí, y con la otra, esgrimiendo el libro de Nietzsche *El Origen de la Tragedia*. Algo había en mí que me llevaba de la metáfora al símbolo y que me impulsaba a emplear mi capacidad analógica para expresar en signos el linde de lo irracional y abismático del ser en el mundo, que llega al mundo sin que se le pregunte y que se sume en una situación. En Montevideo publiqué mi *Vigilia por Dentro* en que ya aparecen las obsesiones que me han perseguido durante toda mi vida. No cabe duda que mi poesía se tornó más compleja en Alemania, en que estuve en contacto con el expresionismo, romanticismo alemán, Heidegger, Rilke, Trakl... No reconozco influencias directas, pero sí la presión de una atmósfera espiritual, la concepción de los fundamentos de una época de tribulación y ansiedad, la intertextualidad incógnita, nunca precisable. A pesar del falso optimismo de los nazis, venía la catástrofe, y es terrible rastrear conceptos de valor para orientarnos en un «tiempo menesteroso».

Acaba de publicarse un número de la revista de la Universidad Católica de Chile dedicado a Viena de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Allí escribo sobre los expresionistas que alcancé a conocer y que figuraron en la Exposición de Arte Degenerado; todos perseguidos, asesinados o exiliados. Ellos intuyeron y traslucieron una amenaza apocalíptica que se cumplió en dos guerras y en los hornos crematorios, y que se cierne y sigue sin que se avizore el resplandor a la salida del túnel.

Pero yo no quisiera aparecer ante ustedes lóbrego, vencido, suicidado. Amo la vida, me conmueve el privilegio de ser, me hace llorar de alegría un rapto de ternura, un niño, una flor, un cordero. Todo es tan milagroso y bello, aunque Rilke diga que «lo bello es el comienzo de lo terrible». Todo es tan inédito, lo visible sigue teniendo una parte de invisible, y de lo invisible seguimos arrancando jirones de lo que pudiera ser visible. Pues bien, mucho se ha acumulado y me tienta escribir algo sobre mi experiencia de tantos años en tantos países y en tantas circunstancias. Yo sé que nunca se llega al fondo del espejo, ni menos con la cabeza doblada. Digo: que me siento perfectamente bien ahora, frente a ustedes; tal vez me he extendido más de lo suficiente para anunciarme empeñado en otorgar a este acto cierta validez que equivale a merced o recompensa. Ustedes me confortan y tal vez me rediman, y todo sea por tomarse las manos y proseguir en un mismo latido hacia lo inaccesible y poderoso, dentro de lo humano, demasiado humano.